

AUGUST STRINDBERG Y EDVARD MUNCH: ESCENAS DE UNA AMISTAD TURBULENTA

Por: Héctor Ceballos Garibay

1

Pintado en estilo impresionista, comparece ante nuestros ojos el insigne escritor sueco. Tiene 43 años y vive durante esta corta “temporada infernal” en Berlín. Ya es famoso en toda Europa. Aparece en el centro del cuadro, de frente, mirándonos con un aire de autosuficiencia y hasta de cierto desafío. Acaso un mínimo desasosiego se adivina en ese límpido rostro que llama la atención por el hirsuto bigote y la cabellera encrespada, tan característica en este hombre genial. Un genio siempre al borde del delirio. Reposo su brazo derecho sobre una mesa redonda, al tiempo que nos muestra el puño como un símbolo de altivez; la otra mano, la izquierda, permanece guarecida dentro del bolsillo. Viste una austera y holgada chaqueta azul que le sienta cómodamente a su robusto cuerpo. A manera de enigmático escenario, resaltan las pinceladas dispersas, nebulosas, libérrimas y celestes que enmarcan al autor retratado.

A Strindberg no le gustó la pintura que de él hizo Munch. Pensó que Edvard había cargado las tintas al plasmarlo en esa odiosa actitud de artista egocéntrico; y por tal motivo repudió el cuadro de inmediato, porque según él esta imagen pretenciosa no se correspondía con la verdadera naturaleza de su noble espíritu. August decía siempre lo que pensaba, por ello, sin que le importaran las consecuencias, no sólo criticó la obra sino que terminó insultando al pintor. Desdichadamente, la polémica en torno de la calidad estética del retrato finalizó en un amargo distanciamiento, uno de los tantos pleitos que sostendrían estas dos almas gemelas, quienes para bien y para mal tenían demasiadas cosas en común: la hipocondría, la irascibilidad, la misoginia, la inseguridad personal, la rebeldía innata y un talento de estirpe divina.

Durante estos trepidantes años vividos en Alemania, al iniciarse la última década del XIX, August y Edvard compartieron sus filias y sus fobias, y, lo más importante, se disputaron el amor de una mujer adorable: Dagny Juel (“Ducha”), quien estaba casada con Stanilaw Przybyszewski (“Stanczu”), un extravagante poeta polaco que era el espécimen más conspicuo de la bohemia berlinesa. Ciertamente a Strindberg, como al propio Munch, le

encantaba ser víctima y victimario del tortuoso juego de inmiscuirse en triángulos amorosos. Era algo que los dos artistas no podían controlar: amaban y odiaban a las mujeres; les tenían miedo y las deseaban; eran incapaces de satisfacerlas sexualmente y al mismo tiempo sólo ellas, las más desinhibidas, les provocaban una excitación sexual apremiante. Ambos engañaron y fueron engañados. August se casó en tres ocasiones y tuvo infinidad de amantes. ¡Una larga suma de fracasos estrepitosos! Su primera mujer, Siri von Wrangel, dejó a su aristocrático marido para casarse con el joven y prometedor dramaturgo: una pasión amorosa que luego se transmutó en un frenético aborrecimiento. El segundo matrimonio resultó más lacerante aún: la bella periodista austriaca, Frida Uhl, quien pronto se hartó de los ataques de su marido, decidió abandonarlo para seguir el rastro de Willy Gretor, un marchante de arte, famoso y compulsivo donjuán de baja estofa. El tercero y último enlace nupcial, esta vez con la jovencísima actriz sueca Harriet Bosse, no fue la excepción: el avejentado y enfermizo August –convertido para entonces en gloria universal de las letras– padeció durante sus últimos años la tortura de saber que su insaciable esposa no era capaz de resistirse a cualquier actorcillo que quisiera cortejarla. (Para colmo de males, cuando ya rumiaba las limitaciones de la vejez, la errática Academia sueca cometió la torpeza de no otorgarle el premio Nóbel.) Y de estas llagas que lastraron aún más su personalidad, ya de por sí paranoide, Strindberg extrajo obras literarias excepcionales. Munch, por su parte, también incurrió en la autoflagelación con cada una de sus relaciones amorosas importantes. Y a semejanza del sueco, no sólo supo curar sus heridas a través del arte, sino que el dolor y el fracaso mismos pasaron a formar parte consustancial y nutricia de su obra. Desde esta perspectiva, sus lienzos se retroalimentaron unos con otros hasta conformar ese cruel y al mismo tiempo veraz retrato pictórico de las pasiones humanas: *El friso de la vida*.

2

Berlín, años de 1893 a 1895. Se citaban todas las noches en la taberna El cerdito negro, o en el Café Bauer o en las casas de cualquiera de ellos. Ahí arreglaban los intrínquilos del universo y le daban rienda suelta tanto a sus sueños de grandeza como a su proclividad hacia el nihilismo. Discutían acaloradamente de literatura, filosofía, artes plásticas, teatro, política y sexo. De ahí, de esas tertulias y fiestas exultantes, saldría más tarde la magnífica revista *Pan* (1895-1900), que predicó una concepción orgánica y totalizadora del arte y la

cual resultó esencial para propiciar la explosión vanguardista de principios del siglo XX y el despliegue del diseño gráfico como un arte mayor. ¿Quiénes fueron estos irreverentes contertulios? Sus nombres: Strindberg, Munch, Stanczu, Richard Dehmel, Willy Pastor, Axel Gallén-Kallela, Franz Servaes, Otto Julius Bierbaum, Gunnar Heiberg, y el líder indiscutible del grupo, el crítico y escritor Julius Meier-Graefe. Además de reivindicar la libertad en el arte, defendieron la voluntad de padecer y gozar al máximo la vida.

Quedaron de verse en casa del matrimonio Prybyszewski. Era una noche otoñal de 1893. Festejaban la aparición de la novela *Réquiem*, donde el poeta polaco plasmó su apología del sexo como panacea universal (uno de sus personajes dice: “En el principio fue el sexo. Nada más que el sexo. El sexo es la sustancia fundamental de la vida, el material de la generación y la clave de la individualidad humana”). Stanczu solía ser un magnífico anfitrión, sobre todo cuando se encontraba achispado por el alcohol. A lo largo de la velada estuvo cantando, bailando y burlándose del mundo sin mostrar fatiga alguna. Su rostro lucía abotagado y su barba de chivo parecía más rojiza que de costumbre. Ducha, que había bebido su litro acostumbrado de absenta en El cerdito negro, acompañaba a su marido en el piano. Desplegaban sus respectivos talentos pianísticos interpretando a cuatro manos a Chopin y Liszt. Ella estaba en la cúspide de su espectáculo personal: sabía que al menos tres de los hombres ahí reunidos la amaban; los otros dos también la deseaban: querían poseerla, mimarla y hasta chuparle el alma; anhelaban sentirse elegidos por ella y acceder así al listado exclusivísimo de sus amantes, aunque fuera una sola noche, por lo menos esa noche. Apenas si había espacio en la minúscula sala del departamento. Al sentarse en el suelo, las piernas de los convidados se topaban unas con otras. De pronto, Stanczu desplazó a su mujer del piano y comenzó a tocar con frenesí el *Despertar* de Schumann. Ducha aprovechó entonces la ocasión y con ánimo de venganza sacó a bailar a August. Éste, un tanto avergonzado, abrazó a Ducha y la forzó a danzar pausadamente. Ella, en cambio, insistía en marcar movimientos rápidos, sensuales, que le permitieran lucir su cuerpo, picar de celos a su esposo, y de paso demostrarle a Edvard que ya no era él sino el escritor sueco el preferido de ella. Munch, sentado sobre un cojín, se comprimía como un gusano baboso y metía la cabeza entre sus rodillas. No podía resistir el dolor de ser testigo de esa escena de lujuria desatada. [Diario de Munch: “No comprendo cómo mis nervios pudieron resistir. Me sentía incapaz de pronunciar una sola palabra. Strindberg sí que hablaba. Yo pensaba constantemente: ¿Es que su marido no se da cuenta de nada? Sin duda se pondrá furioso y,

finalmente, estallará”]. Stanczu, ya para entonces, aporreaba furiosamente las teclas, como poseído, mientras Ducha soltaba a August y enseguida sacaba a Julius a bailar, y luego a Richard, pero nunca a Munch. Estrechando a su pareja de turno, se contoneaba y volvía a danzar vertiginosamente hasta cansar a los improvisados bailarines. A August, sólo a él, le concedió besos prolongados. A nadie más quiso besar de tal manera esa noche, ni a su esposo, mucho menos a Edvard que aterrado vivió una más de sus cuantiosas jornadas donde estuvo al borde del desquiciamiento.

Dagny, hija de un médico noruego, se trasladó a Alemania a principios de los años noventa con el fin de perfeccionar sus estudios de piano. Aquí, en tierras germanas, conoció a su alocado poeta polaco, Stanczu, con quien se casó precipitadamente, como si supiera que iba a morir joven. Años más tarde, en 1901, Ducha pasó súbitamente de vampiresa al papel de trágica víctima al ser asesinada en Rusia, a sus 34 años, por uno de sus amantes ocasionales. Falleció un límpido y sosegado día de abril, cuando despuntaba el calamitoso nuevo siglo. Llevaba meses atolondrada con la belleza de Iván, un joven ruso, ágil y fogoso, ávido de experiencias y dedicado a la caza de mujeres frágiles e infinitamente insatisfechas. Gozaron de su fugaz amorío sin culpas y con fruición. En alocada huída de sus propios fantasmas, viajaron por Alemania y por Rusia en tren. Hospedados en Tbilisi, fatigaron sus cuerpos y derrocharon su energía libidinal hasta la extenuación. Todavía desvelados, bajaron sin prisa a desayunar. Un agraciado mesero, todo vestido de blanco, guiñó el ojo a Ducha mientras le servía el café; ella, fiel a su temple, le respondió con la más solícita de sus sonrisas. Iván se percató de la escena. Ya en la habitación, estalló en bravatas y amenazas: la insultó, la golpeó y le reprochó su cinismo, ese coqueteo inmisericorde y en sus narices. La bella noruega, cansada como estaba, no supo cómo apaciguar aquellos celos furibundos. El día transcurrió de mal en peor, acrecentándose el resentimiento conforme maduraba la tarde y caía la noche. La ingesta de opio y de vino no acalló el deseo sexual que se profesaban mutuamente, pero tampoco mermó las ansias de venganza del ruso. Al contrario, Iván salió del hotel y se embruteció con alcohol en los antros circundantes, mientras ella hacía lo mismo encerrada en su habitación. Antes del arribo de la madrugada, él entró a la recámara y le apuntó a la frente con un revólver. Ella estaba despierta, sumida en una plácida inconsciencia etílica; sin dejar de mirar los ojos del amante celoso, comenzó a reírse y prosiguió con sus risas hasta volverlas carcajadas. El disparo la enmudeció para siempre. Minutos después, Iván, impertérrito, volvió la pistola hacia sí mismo, apuntó a su sien

derecha y apretó el gatillo. Un suceso trágico, perfecto para la nota roja. Una muerte prematura –la de Dagny Juel- que impactaría a Munch para el resto de su vida.

3

París: epicentro del universo, punto axial de confluencia del movimiento estético de *fin-de-siècle*. Y en este espacio tan pródigo y propicio, durante la fría primavera de 1896, volvieron a coincidir y a convivir Munch y Strindberg, esos dos amigos y rivales, ambos inseguros y soberbios, misóginos e hipersexuales, talentosos y egotistas, hipocondríacos y atormentados, quienes no dudaron en vender una y mil veces su alma al Diablo a fin de alcanzar los confines de la creación artística. ¡Un compromiso fáustico pactado con sangre y hasta la muerte! August, desde la ruptura con su segunda esposa, padecía crecientes paranoias y unos celos cada vez más patológicos. Pasaba las noches sentado a la mesa, con la foto de sus hijos enfrente y un revólver al lado, coqueteando con la idea del suicidio o bien urdiendo peligrosos experimentos alquímicos y esotéricos que cierto día, debido a su torpeza manual, le produjeron un accidente de consideración. (El demencial Diario novelado de estos días aciagos en París se publicó en 1898, y porta el más certero de los títulos posibles: *Infierno*.) ¿Derivado de qué manes aconteció el reencuentro entre estas dos personalidades iracundas? A los espíritus tutelares de la *Revista Blanca*, Thadée Natanson y Felix Féneon, se les ocurrió que fuera precisamente el dramaturgo sueco quien reseñara la exposición que Edvard presentaba en el Salón de *L'Art Nouveau*. August no podía rechazar tan halagador ofrecimiento; en ese foro cultural y periodístico, sin duda la revista francesa más importante de la época, publicaban algunas de las mejores plumas del orbe: Renard, Mirabeau, Mallarmé, Dujardin, Ibsen, Proust, Valery, Gide, Jarry, Apollinaire, amén de que ella era diseñada e ilustrada por artistas de la estatura de Bonnard y Toulouse-Lautrec. Además, el escritor nórdico no quería enemistarse con Missia, la esposa de Thadée, quien causaba furor en aquellos convulsos años: tenía fascinados a connotados artistas por su belleza y por su versátil capacidad como promotora artística (entre otras tareas, auspició la gira de Diaghilev por Europa). Aparte de cautivar a sus amigos y ser hermosa (Renoir, Bonnard y Vuillard la inmortalizaron en sendos retratos), ella también adquirió renombre como espléndida anfitriona, pues no sólo tocaba con destreza y garbo artístico el piano, sino que su imaginativa conversación seducía al más misántropo de los invitados a su domicilio.

Estimulado a causa de estas poderosísimas razones, Strindberg aceptó la ingrata encomienda de escribir un texto sobre su antiguo rival en aquel atribulado cuarteto sexual padecido algunos años atrás en Berlín (Stanczu, Edvard y él mismo disputándose el amor de Ducha). Munch era, en efecto, un pintor al que August admiraba y detestaba al mismo tiempo, con quien se identificaba demasiado en el plano espiritual y el cual, por lo mismo, permanentemente confrontaba su más hondo narcisismo. Y muy a su pesar, tal vez por la acción misteriosa de los vericuetos inconscientes de la creación artística, a la postre el sueco produjo un opúsculo deslumbrante y apologético del noruego, una reseña reveladora de la portentosa fuerza plástica de Munch, que sería publicada el mes de junio en la *Revista Blanca*. Por desgracia, y no obstante su tono encomiástico, el escrito por sí solo no consiguió restañar las viejas heridas que ambos se habían infringido, máxime si una mujer –¡qué mujer!- había sido la causante de su tormentosa rivalidad.